

R

**Rafael Alberti.** España. Nació en Puerto de Santa María el 16 de septiembre de 1902 y murió el 28 de octubre de 1999. Fue también pintor y estuvo muy dedicado al teatro. Pertenece a la generación de Federico García Lorca. Técnicamente es considerado un verdadero maestro de la poesía moderna. Ha publicado numerosos poemarios, entre los que se distinguen: "Marinero en tierra", "Sobre los angeles", "Cal y canto", "Pleamar", "Entre el clavel y la espada", "El poeta en la calle", "Retorno de lo vivo lejano", entre otros.



## Retorno

1

(Nuevos retornos del otoño)

Nos dicen: Sed alegres.  
Que no escuchen los hombres rodar en vuestros cantos  
ni el más leve ruido de una lágrima.  
Está bien. Yo quisiera, diariamente lo quiero,  
mas hay horas, hay días, hasta meses y años  
en que se carga el alma de una justa tristeza  
y por tantos motivos que luchan silenciosos  
rompe a llorar, abiertas las llaves de los ríos.

Miro el otoño, escucho sus aguas melancólicas  
de dobladas umbras que pronto van a irse.  
Me miro a mí, me escucho esta mañana  
y perdido ese miedo  
que me alonaza a veces hasta dejarme mudo,  
me repito: Confiesa,  
grita valientemente que quisieras morirte.  
Di también: Tienes frío.

Di también: Estás solo, aunque otros te acompañen.  
¿Qué sería de ti si el cabo no volvieras?  
Tus amigos, tu niña, tu mujer, todos esos  
que parecen quererte de verdad, ¿qué dirían?

Sonrie: Sed alegres. Cantad la vida nueva.  
Pero yo sin vivirla, ¡cuántas veces la canto!  
¡Cuántas veces animo claramente a los tristes,  
diciéndoles: Sed fuertes, porque vuestra es el alba!  
Perdonadme que no sienta pena y la diga,  
No me culpéis. Ha sido  
la vuelta del otoño.

2

(Retornos del amor en medio del mar)

Esplendor mío, amor,  
inicial de mi vida,  
quiero decirte toda tu belleza,  
aquel, en medio del mar, cuando voy en tu busca,  
cuando tan sólo puedo compararla  
con la hermosura tibia de las olas.  
Es tu cabeza un manantial de oro,  
una lluvia de espuma dorada que me enciende,  
y lleva a navegar al fondo de la noche.  
Es tu frente la aurora con dos arcos  
por los que pasan dulces esos soles  
con que sueñan al alba los navíos.  
¿Qué decir de tu boca y tus orejas,  
de tu cuello y tus hombros si el mar esconde conchas,  
corales y jardines sumergidos  
que quisieran al soplo  
de las alas del sur ser como ellos?  
Son tus costados como dos lejanas  
bahías en reposo  
donde al son de tus brazos sólo canta  
el silencio de amor que las rodea.  
Triste es hablar, cuando se está distante,  
de los golpes de sombra, de las islas  
que llaman al marino que los siente  
pasar, sin verlos, fuera de su ruta.  
Amor mío, tus pliegas son dos playas,  
dos médanos tendidos que se elevan  
con un rumor de juncos si no duermen.  
Dame tus pies pequeños para andarte.

para sentirte todas tus riberas.  
Voy por el mar, voy sobre ti, mi vida,  
sobre tu amor, hacia tu amor, cantando  
tu belleza más bella que las olas.

3

(Retornos de una sombra maldita)

¿Será difícil, madre, volver a ti? Ferores  
somos tus hijos. Sabes  
que no te merecemos quizás, que hoy una sombra  
maldita nos desune, nos separa  
de tu agobiado corazón, cayendo  
atroz, dura, mortal, sobre sus telas,  
como un oscuro hachazo.  
No, no tenemos manos, ¿verdad?, no las tenemos,  
que no lo son, ay, ay, porque son garras,  
zarpas siempre dispuestas  
a romper esas fuentes que coagulan  
para ti sola un llanto.  
No son dientes tampoco, que son puntas,  
fieras crestas llamadas Incapaces  
de comprender tus labios y mejillas.  
Han pasado desgracias,  
han sucedido, madre, verdaderas  
noches sin ojos, albas que no abrían  
sino para cerrarse en clega muerte.  
Cosas que no acontecen,  
que alguien pensó más lejos,  
más allá de las ilvidas fronteras del espanto,  
madre, han acometido.  
Y todavía por si acaso hubieras,  
por si tal vez hubieras soñado en un momento  
que en el olvido puede calmar el mar sus olas,  
un incansable acoso,  
un cañido rodeo  
te aprieta hasta hacerte  
subir vortida y sin final en sangre.  
Juntanos, madre. Acerca  
esa preciosa rama  
tuya, tan escondida, que anhelamos  
asir, estrechar todos, encendiéndonos  
en ella como un único  
fruto de sabor dulce, igual. Que en ese día  
desnudos de esa amarga corteza, liberados  
de ese hueso de hiel que nos consume,  
alegres, rebosemos  
tu ya tranquilo corazón sin sombra.

4

(Retornos de un poeta asesinado)

Has vuelto a mí más viejo y triste en la dormida  
luz de un sueño tranquilo de marzo, polvorientas  
de un gris inesperado las sienes, y aquel bronce  
de olivo que tu mágica juventud sostiene,  
surcado por el signo de los años, lo mismo  
que si la vida aquella que en vida no tuviste  
la hubieras pasado a paso ya vivido en la muerte.

Yo no sé qué has querido decirme en esta noche  
con tu desprevenida visita, el fino traje  
de alpaca luminosa, como reclín cortado,  
la corbata amarilla y el surrido cabello  
al aire, igual que entonces  
por aquellos jardines de estudiantiles chopos  
y calientes adelfas.

Tal vez hayas pensado —quiero explicarme ahora  
ya en las claras afueras del sueño— que debías  
llegar primero a mí desde esas subterráneas  
raíces o escondidos manantiales en donde  
desesperadamente penan tus huesos.

Dime,  
confíesame, confíesame  
si en el abrazo mudo que me has dado, en el tierno  
además de sentarte junto a mí, de mirarme,  
sonreír y en silencio, sin ninguna palabra,  
dime si no has querido significar con eso  
que, a pesar de las mínimas batallas que reñimos,  
sigues unido a mí más que nunca en la muerte  
por las veces que acaso  
no lo estuvimos —y, perdóname!— en la vida.

Si no es así, retorna nuevamente en el sueño  
de otra noche a decírmelo.

5

(Retornos de la Invariable poesía)

¡Oh poesía hermosa, fuerte y dulce,  
mi solo mar al fin, que siempre vuelve!  
¿Cómo vas a dejarme, cómo un día  
pude, ciego, pensar en tu abandono?

Tú eres lo que me queda, lo que tuve,  
desde que abrí a la luz, sin comprenderlo.  
Fiel en la dicha, fiel en la desgracia,  
de tu mano en la paz,  
y en el estruendo triste  
de la sangre y la guerra, de tu mano.

Yo dormía en las hojas, yo jugaba  
por las arenas verdes de los ríos,  
subiendo a las veletas de las torres  
y a la elevada luna mis trineos.  
Y eran tus las Invisibles, era  
su soplo grácil quien me conducía.

¿Quién tocó con sus ojos los colores,  
quién a las líneas contagió su aire,  
y quién, cuando el amor, puso en su liecha  
un murmullo de fuentes y palomas?

Luego, el horror, la vida en el espanto,  
la Juventud ardiente en sacrificio.  
¿Qué sin ti el héroe, qué su pobre muerte  
sin el súbito halo de relámpagos  
con que tú lo coronas e iluminas?

¡Oh hermosa de verdad, oh compañera,  
conmigo, desterrada,  
conmigo, golpeada y alabado,  
conmigo, perseguido;  
en la vacilación, firme, segura,  
en la firmeza, animadora, alegre,  
buena en el odio necesario, buena  
y hasta feliz en la melancolía!

¿Qué no voy a esperar de ti en lo que me falte  
de júbilo o tormento? ¿Qué no voy  
a recibir de ti, di, que no sea  
sino para salvarme, alzarme, confeírmeme?  
Me matarán quizás y tú serás mi vida,  
viviré más que nunca y no serás mi muerte.  
Porque de ti yo he sido, yo soy música,  
ritmo veloz, cadencia lenta, brisa  
de los juncos, vocablo de la mar, estribillo  
de las simples cigarras populares.  
Porque por ti soy tú y seré por ti solo  
lo que fuiste y serás para siempre en el tiempo.